

Lazos con el estambre mas grosero
Forja á los infelices condenados.

De todos los ovillos que en el huso
A otro objeto se hallaban destinados,
De aquel para quien son el nombre puso
La Parca en letras de oro, y plata y hierro.
Luego en varios montones los dispuso,
De donde sin cesar los conducia
Un anciano á otra parte todo el dia.

Los pliegues de su manto
De ovillos y de nombres este henchia,
Sin jamas un instante estarse quieto.
Por donde andaba y con que fin, prometo
Narrar en otro canto,
Si con vuestra habitual benevolencia
Os place dar á mi discurso audiencia.

CANTO XXXV.

Elogio de los escritores y de los poetas puesto en boca de S. Juan.
— Encuentro de Bradamante y de Flordelis. — Rodomonte
vencido por Bradamante. — Esta guerrera, despues de haber
derribado á varios jefes sarracenos, pide que le permitan
combatir contra su amante.

¿Quién, quién podrá, dulce señora mia,
Restituirme el juicio,
Que me va abandonando desde el dia
En que ese rostro ví bello y propicio?
Mientras este estado no se agrave, empero,
Sin proferir un ay, sufrirlo quiero;
Mas si, cual hasta aquí, sigue aumentando,
Temo bien pronto asemejar á Orlando.

Por recobrar mi juicio no es preciso,
A lo que juzgo, de la noche al astro.
Por los aires subir ni al paraíso.
En esa faz de cándido alabastro,

En esos bellos ojos lo divisó,
Y, siguiendo su rastro,
Tal vez de dicha lleno,
Mi labio ya por ese ebúrneo seno.

En el inmenso alcázar, contemplando
Futuras vidas, el breton caudillo
Un hilo advierte del fatal ovillo,
Que á todos los demas, al oro puro
Y al rubi y al carbunclo excede en brillo.
Al verlo, alto deseo

De saber de quien es en su alma nace,
Y á su curioso afecto satisface
El Apóstol diciendo: « Esa que ansias
« Conocer, una vida es que principio
« Tendrá veinte años ántes del marcado
« Por M. y D. de la era del Mesías.
« Y, cual en esplendor se diferencia
« De los otros ese hilo, de igual modo
« Brillará esa existencia,
« Atónito dejando al orbe todo,
« Pues que en ella se aduna
« La virtud al saber y á la fortuna.

« Del rey soberbio de los rios miro
« Entre los brazos ignorada aldea,
« Cuyos muros rodea
« Por una parte el Po con sesgo giro,
« Y por otra un pantano. Humilde hoy día
« Atras de Italia á las demas ciudades
« Debe dejar en gloria y nombrada,
« No tanto por la alteza de sus muros,
« Cuanto por su saber y hábitos puros.
« Por recoger buen fruto con esmero
« Del campo arranca el labrador la zarza,
« Y el oro afina práctico joyero
« Cuando en él piedra de valor engarza.
« Obra pues del acaso no se crea
« De esta misera aldea
« La exaltacion inmensa y repentina;

« Voluntad es divina
 « Que de un hombre inmortal la cuna sea.
 « Bajo tan bella forma nunca el cielo
 « Al mundo un hombre mandará cual este,
 « Que, de virtudes y de saber modelo,
 « Hipólito será llamado de Este.
 « A mi ansia, empero, de narrar resisto
 « Tanto mérito y tanto, que aguardando
 « Está de mi su juicio el conde Orlando. »

Así dice el Discípulo de Cristo,
 Y luego que hubo visto
 Y al príncipe britano
 Mostrado cada estancia,
 Do del género humano
 Las existencias se hilan, le conduce
 A la orilla del rio que en su seno
 Arena arrastra y cieno,
 Y do al anciano miran que en su manto
 Envuelto lleva tanto nombre y tanto.

Dicho ya al fin del otro canto dejo
 Cual, sin cesar de noche ni de día,
 Del monton, que jamás disminuía,
 Nombres y nombres recogiendo el viejo,
 A sepultarlos iba incontinentemente
 Del Leteo en la mórbida corriente.

Digo pues que viniendo
 Hacia la orilla, en sus fragosas ondas,
 El manto sacudiendo,
 Arroja en gran monton nombres escritos.
 A sempiterno olvido condenados,
 Al fondo vanse dellos infinitos,
 Y de mas de cien mil que entre la arena
 Envueltos yacen, uno se alza apenas.
 Siniestros dando estrepitosos gritos,
 Buitres en torno y cuervos van girando,
 Lechuzas y otros pájaros, buscando
 Presas en medio á este despojo rico.
 En sus garras aquel, este en su pico

Un nombre coge ó varios, que trasporta
 De la ribera á una distancia corta;
 Mas al alzarse, el peso
 Les obliga á soltar este tesoro.
 Del Leteo, por eso,
 En la corriente se hunde con desdoro
 Mas de un glorioso nombre. Entre ave tanta
 Como del suelo al aire se levanta,
 Dos cisnes, ¡oh señor! dos solo miro,
 Cual vuestra enseña blancos, que en su boca,
 Sin declinar ni suspender su giro,
 Llevan el nombre ilustre que les toca.

Así frustrando la intencion proterva
 Del anciano, que todos los confunde,
 La Providencia á aquestos dos preserva
 De la suerte á que tantos
 Del turbio rio entre las aguas hunde.
 Por ellas ora á nado,
 Ora volando rápidos, contemplo
 A los dos cisnes que, sobre un collado,
 Junto á la orilla pàranse en un templo.

En este bello sitio, consagrado
 A la inmortalidad, acude hácia ellos
 Una graciosa ninfa, que, tomando
 Estos dos nombres bellos,
 En un padron en medio al templo alzado
 Los fija de manera,
 Que hace cual él su fama duradera.

Lleno el britano duque de deseo
 De averiguar quien es aquel anciano
 Que, con pródiga mano,
 Así los nombres lanza en el Leteo,
 Y de profundizar el hondo arcano
 Que en la ninfa y los pájaros se esconde,
 Se dirige al Apóstol, que responde:

« Has de saber que una hoja no se mueve
 « En el terrestre mundo, sin que en breve
 « Aquí su movimiento se repita;

« Que, bien que en forma siempre diferente,
 « Cuanto en la tierra pasa aquí se siente.
 « Ese que ves á rápido trabajo
 « Dado, magüer su cabellera cana,
 « Hace aquí lo que el tiempo hace allá bajo.
 « Cada ovillo que aquí se hila ó devana
 « Denota el fin de una existencia humana.
 « Allí la fama, aquí los nombres quedan,
 « Casi siempre inmortales,
 « Si con manos fatales
 « Ese anciano ó el tiempo no lo vedan.
 « Uno los echa, como ves, al río,
 « Otro al olvido los condena impío.
 « Y cual buitres aquí se ven y cuervos
 « Y otras aves, que todas se disputan
 « Aquellos que mas célebres reputan;
 « Así en la tierra hipócritas protervos,
 « Viles aduladores,
 « Y rufianes se ven, y delatores,
 « Y torpes cortesanos
 « Que, sin virtud ni mérito, hallan siempre
 « Gentes que los alaben,
 « Porque al asno ó al cerdo imitar saben.
 « De su vida el estambre
 « Cuando la Parca, ó bien Vénus y Baco
 « Cortan, la grey parásita que, de hambre
 « Siempre escualida, el saco
 « Piensa solo en llenar, de los que en vida
 « Aduló presto hasta el recuerdo olvida.
 « Cual esos cisnes que, cantando ufanos,
 « Llevan al templo intactas papeletas,
 « Así, por los poetas,
 « De aquel que lo merece
 « Eterna la memoria permanece.
 « De la inmortalidad así en el templo
 « La fama durará de los señores
 « Que, siguiendo de César el ejemplo,
 « Se erijan del saber en protectores.

« Mas, cual los cisnes, raros
 « Son los poetas de renombre y nota,
 « Que, ya porque de seres tan preclaros
 « El cielo rara vez al mundo dota,
 « Ya por culpa de principes ayaros
 « Que al ingenio abandonan ó comprimen,
 « Triunfa tal vez de la virtud el crimen.
 « De estos hombres ignaros
 « Al alma priva Dios de entendimiento,
 « Porque con ellos muera
 « Su fama, que seria,
 « No obstante sus defectos, duradera,
 « Y cual nardo aromático ó cual mirra,
 « Si dipensasen su amistad á Cirra.
 « No tan piadoso Eneas,
 « Héctor tan bravo, ni tan fuerte Aquiles
 « Fueron como la historia lo proclama;
 « Que miles hubo y miles
 « Que mas que aquellos merecieron fama.
 « Mas el favor, las tierras, los presentes
 « Dispensados á insignes escritores,
 « Al colmo de la gloria y los honores
 « Sus nombres elevaron. No de Augusto
 « Fué tanta la clemencia, cual pregona
 « La ilustre trompa de Maron. El gusto
 « Que mostró por las letras y las artes,
 « Inicuas proscripciones le perdona.
 « Neron mismo por justo
 « Pasara quizas hoy, y áurea corona
 « Obtuviera inmortal, á haber sabido
 « De un escritor preclaro
 « La amistad granjearse y el amparo.
 « Homero á Agamenon mostró glorioso,
 « A los de Troya estóidos y viles,
 « A Penélope siempre fiel, y miles
 « De ultrajes recibiendo por su esposo;
 « Mientras que si la historia verdadera
 « Quieres saber, los hechos

« Trocando, en Penélope una ramera,
 « De Troya victorioso el estandarte,
 « Y á los de Agamenon verás deshechos.
 « A Elisa ver podrás por otra parte
 « Que, bien que honesta siempre y recatada,
 « Por amigo á Virgilio no teniendo,
 « Hoy pasa por mujer desenfrenada.
 « No extrañes si me extiendo
 « Sobre este punto así,
 « Que escritor yo sobre la tierra fui.
 « Ensalzador de Cristo, el premio obtuve
 « Que á pocos hombres el Señor concede,
 « Y que la muerte arrebatat no puede.
 « Triste, empero, é incierta
 « Es la vida de aquel que al mundo viene
 « Cuando cerró la gratitud su puerta,
 « A la cual el ingenio llama en vano
 « Con mustia voz y descarnada mano.
 « Y, mi discurso concluyendo, digo
 « Que si hoy los escritores disminuyen,
 « La razon es que hasta las fieras huyen
 « De do no encuentran pábulo ni abrigo. »
 Así diciendo, el santo Evangelista
 Muestra en sus ojos y en su faz un fuego,
 Que en afable sonrisa torna luego
 Que dirige hácia el principe la vista.
 Mas al Santo y al principe aquí dejo,
 Y desde el cielo hasta la tierra salto,
 Que sostenerme en alto
 No pueden ya mis alas. Vuelvo pues
 A la dama á quien dan terrible asalto
 Los zelos y el amor; á la guerrera
 Que á tres monarcas arrojó á sus pies.
 Marchando hácia Paris, y en un castillo
 Deteniéndose un dia, oye que, roto
 Por el bravo Reinaldo, con su hueste
 Hácia Arles huye el musulman caudillo.
 Cierta de que con este

Roger camina, al despuntar la aurora
 Parte hácia donde sabe que su huella
 Dirige Carlos tras la gente mora.
 Hácia Provenza andando, una doncella
 Topa que, bien que en duelo sepultada,
 Jóven demuestra ser, afable y bella.
 Esta la virgen es que, enamorada
 Del hijo del famoso Monodante,
 En el puente, vencido
 Por el soberbio rey de Argel, lo vido.
 Buscando viene un caballero andante
 Que avezado, cual nutria, á hacer la guerra
 En la onda y en la tierra,
 Vaya á vengar á su infeliz amante.
 Como ella, inquieta y mustia,
 Afable de Roger la bella amiga,
 La saluda, y le ruega que le diga
 La causa de su llanto y de su angustia.
 Al verla Flordelis, ver se imagina
 Un paladin que á darle amparo viene,
 Y del puente le narra la aventura.
 Nárrale como el rey de Argel detiene
 A cuantos pasan por allí, y el modo
 Con que, no con esfuerzo, mas con arte,
 Ha logrado vencer á Brandimarte.
 « Si eres, cual lo atestigua tu presencia,
 « Noble, « añade, » y audaz, por Dios te imploro
 « Pongas fin á mi lloro,
 « De ese feroz vengando la insolencia,
 « O indicándome, al ménos, donde se halla
 « Un paladin de tanto esfuerzo y brio
 « Que, sin temor del puente ni del rio,
 « Provoque á aquel á singular batalla.
 « Si prestarte á ello quieres,
 « De un caballero andante los deberes
 « Cumplirás, y el consuelo
 « A un jóven tornarás que, no lo dudes,
 « De rendidos amantes es modelo.

« De sus otras virtudes
 « A mí no toca hablar : tantas y tantas
 « Son, que privado está de juicio ó vista
 « Aquel que á su evidencia se resista. »
 Dispuesta á toda empresa
 En que ganar se pueda gloria ó fama,
 La magránima dama
 Ir hácia el puente quiere á toda priesa.
 De Roger separada,
 La vida, que le pesa
 Hoy mas que nunca, en exponer se agrada.
 « Cuenta, hermosa doncella,
 « Con mi apoyo, » contesta Bradamante.
 « A abrazar tu querella
 « Mil razones me mueven; mas ninguna
 « Tanto cual la constancia de tu amante,
 « Pues por mí te aseguro
 « Que yo tengo á todo hombre por perjuro. »
 Estas palabras profiriendo, envia
 Del triste corazón suspiro ardiente,
 Y, poniéndose en marcha, al otro día
 Llega del río al peligroso puente.
 No bien el centinela la divisa,
 Con su trompeta á Rodomonte avisa.
 Bien pronto armado sobre el puente avanza
 Este, y, según su usanza,
 A la doncella con la muerte amaga,
 A ménos que en el templo al punto ofrenda
 De su corcel y de sus armas haga.
 De la muerte estupenda
 De Isabel enterada Bradamante,
 Así responde al árabe arrogante:
 « ¡Hombre bestial! ¿porqué de tus desmanes
 « Ha de sufrir la pena un inocente?
 « Verdugo de Isabel, es evidente
 « Que á ti solo aplacar toca sus manes.
 « A los cuales será mucho mas grata
 « Mi espada, si la vida te arrebatá,

« Que cuantos nombres, armas y bridones
 « En su tumba, sacrilego, depones.
 « Y tanto mas propicio
 « Será á Isabel aqueste sacrificio,
 « Cuanto que yo mujer cual ella soy,
 « Y que su muerte á vindicar vengo hoy.
 « Hacer contigo, empero,
 « Antes de combatir, un pacto quiero.
 « Si tu brazo me vence,
 « Tu cautiva seré; mas, cual espero,
 « Si vencedora soy, es mi deseo
 « Tus armas conquistar y tu caballo,
 « Que de ese mausoleo
 « Será desde hoy el principal trofeo,
 « Y rotas ver al punto las cadenas
 « En que á gemir á tantos hoy condenas. » —
 — « Justo este pacto creo, »
 Responde el musulman. « Solo decirte
 « Debo que de la Libia en las arenas
 « Las gentes que vencí se hallan cautivas.
 « Si, lo que no supongo, me derribas,
 « Tu mandato, obediente,
 « Cumplir prometo, el tiempo necesario
 « Tomando solamente
 « De despachar á Libia un emisario.
 « Mas si, por el contrario,
 « Cual seguro estoy dello,
 « Vienes á tierra, ni armas ni caballo
 « Obtener de tu mano solicito,
 « Ni ver tu nombre en el padrón escrito.
 « A tus hermosos ojos, al cabello
 « Que en torno flota de ese ebúrneo cuello,
 « Cederé la victoria, satisfecho
 « Si consigo ablandar tu altivo pecho.
 « Tan grande es mi valor, tal mi pujanza,
 « Que ser por mí vencido no es desdoro. » —
 Con amarga sonrisa le contesta
 La bella dama; sobre el puente avanza;

A combatir dispuesta,
Mueve el corcel, y con la lanza de oro
Viene al encuentro del terrible moro.

Por el opuesto lado acude en tanto
Este tambien con rápida carrera,
Y de su choque es el estruendo tanto,
Que á muchas millas zumba la ribera.
La lanza de la dama, segun uso,
Del arzon saca al árabe insolente,
Y atónito y confuso
Lo arroja de cabeza sobre el puente.

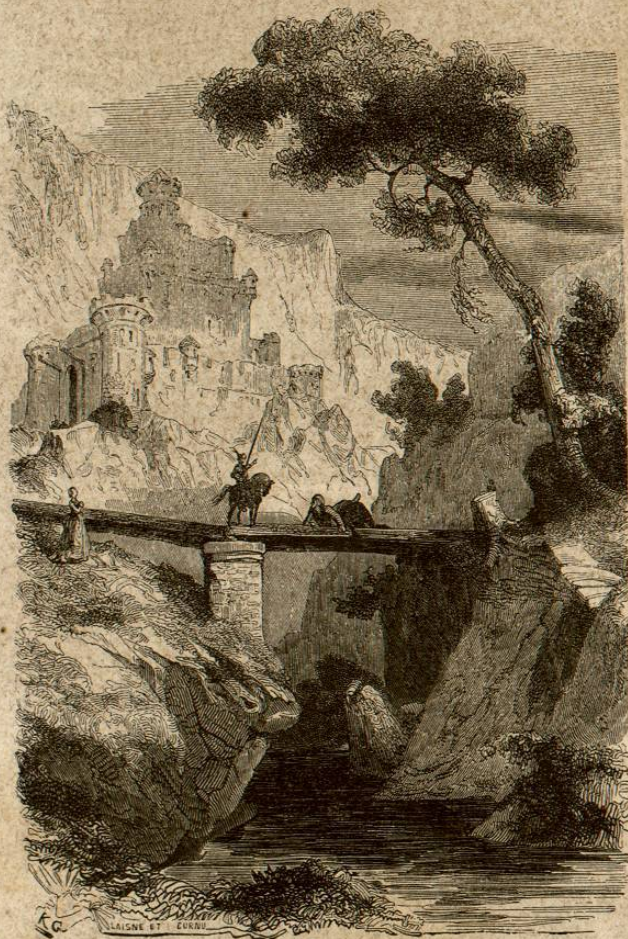
Su camino seguir luego queriendo,
Con su corcel la dama
A pique estuvo de bajar al rio;
Mas, del viento y la llama
Nacido Rabicano, por el filo
De una espada avanzarase tranquilo.

Ágil del puente por la extrema orilla
Pasa pues. La guerrera
Con bella faz, en que el contento brilla,
Se vuelve y dice al moro: « Ver agora
« Puedes si fui vencida ó vencedora. »

De asombro y maravilla
El rey de Argel desconcertado y mudo,
No quiso contestar, ó no lo pudo.
Álzase luego, y pensativo y triste
Cuatro ó seis pasos da, suelta el escudo,
El yelmo y la armadura se desviste,
Y solo parte á pié, no sin embargo
Sin dar ántes encargo
A un escudero suyo de que vaya
A dar al punto libertad á cuantos
Presos estan en la africana playa.

Parté, y dél luego no se oyó mas nueva,
Sino que estaba en una oscura cueva.

En el sepulcro Bradamante en esto
La armadura suspende del vencido,
Y sus divisas descifrando, arranca



Rodomonte vencido por Bradamante. (T. II, p. 256.)

Muchas que ve que de la gente franca
A paladines han pertenecido.
A las demas no toca, ni permite
Que ninguno de alli las mueva ó quite.

Con las del sucesor de Monodante
Mira alli Bradamante
Las armas de los hijos de Oliveros
Y las de Sansoneto, que, llegados
Alli buscando al principe de Anglante,
Presos fueron y al África mandados.
La dama el nombre de estos caballeros
Manda que al punto del padron se borre,
Y sus armas encierra en una torre.

Entre otras mil, sobre árabes guerreros
Por Rodomonte conquistadas, deja
Colgadas al padron las del Circaso,
Que, en busca del lijero Frontalate,
Despues de haber, con inseguro paso,
Errado largo tiempo sin camino,
Sus armas y corcel á perder vino.

Desarmado y á pié, de alli se aleja
Cual, una vez vencidos, siempre deja
Partir el argelino
A los guerreros de su ley; mas, lleno
De vergüenza y de orgullo, Sacripante
No se dirige al campo sarraceno.

En su constante ardor, á la que adora
Buscando sin cesar, el hado quiso
Que (por dónde no sé) tuviera aviso
De que esta dama al reino de la aurora
Sus pasos dirigia,
Y los suyos veloz tras ella guia.

Cambiando en tanto la leyenda antigua
Por una nueva en que refiere el caso
Con que del puente ha libertado el paso,
A Flordelis, cuyo copioso lloro
La agitacion de su ánimo atestigüa,
Pregunta afable Bradamante adonde

Es su intento partir; y ella responde
Que de Arles ir al campamento moro
Quiere, do hallar algun bajel espera
Que de África la lleve á la ribera.

« Andar, » prosigue, « quiero sin reposo
« Hasta encontrar á mi señor y esposo.
« Por libertarle quiero
« Tentar un medio y otro, y mil, si vano
« Sale lo que ha ofrecido ese guerrero. » —
— « Del camino una parte, »

Responde la guerrera, « á acompañarte
« Me comprometo hasta Arles, do te ruego
« Que á buscar vayas luego
« Al famoso Roger, y que le digas
« Así punto por punto: « Un caballero
« Que hacer público quiere al orbe entero
« Que has faltado de fe, por mi conducto
« Este soberbio bruto
« Te manda, á fin que en él á la batalla
« Vengas, ciñendo al punto espada y malla. »

« Esto dirásle y nada mas. Si insiste
« Por indagar quien soy, di que lo ignoras. »
Con faz y voz, cual siempre, encantadoras
Así responde la doncella triste:

« Mi vida con placer yo te consagro,
« Cual por mi tú expusiste
« La tuya, que salvó feliz milagro. »

Bradamante, á esta oferta agradecida,
A Frontino la brida
Poniendo, con su amable compañera,
Del Ródano siguiendo la ribera,
Con prestos pasos va; tanto, que nota
El mar que de Arles la campiña azota.

Casi á los arrabales
De esta ciudad, aguarda
La hermana de Reinaldo que en los reales
Penetre Flordelis, la cual no tarda
En traspasar las puertas; y tomando

Quien de Roger la lleve á la morada,
A su presencia llega. Allí, saltando
De su corcel, al héroe su embajada
Comunicando, puso
En su mano las riendas de Frontino
Y lijera deshizo su camino.

Pensativo y confuso
Queda Roger. Quien sea
El que, uniendo al baldon la cortesía,
De este modo le insulta y desafia
No puede concebir, y de cualquiera,
Mas bien que de su amada, lo creyera.
Un momento supone
Que ser puede tal vez el argelino,
Con quien no ha mucho que á las armas vino.
« Mas ¿qué motivo, » dicese á menudo,
« Así moverle á denostarme pudo? »

Su trompa en esto la doncella toca,
Y avanza, ansiosa de empezar la lucha.
Junto á Agramante el rey Marsilio escucha
Que, allende de los muros, un guerrero
A los suyos provoca.
Serpentino en presencia
De estos caudillos cabalmente se halla,
Y, armándose veloz, con su licencia
Se dirige hácia el campo de batalla.

Por ser testigo della,
El pueblo todo acorre á la muralla,
Mientras, de malla y armadura bella
Cubierto, Serpentino de la Estrella
Llega á la lid; mas presto, derribado
Por la inclita doncella,
A tierra viene, en tanto que azorado
Huye el corcel. La dama
Corre trás él, lo coge por el freno,
Y cortes lo devuelve al agareno,
Diciendo: « Monta, y de mi parte á tú amo
« Dí que rival de mas valor reclamo. »

El africano rey con su familia
De allí no léjos sobre el muro estaba,
Y, cual todos, este acto
Atónito observó y estupefacto.

Levantándose en esto Serpentino,
De Bradamente vino
A cumplir el mandato. Furibundo
Se alza Grandonio, y el honor obtiene
De presentarse á combatir segundo.
Con voz soberbia viene
Diciendo así : « De nada en este dia
« Conmigo te valdrá tu cortesía.
« Hacerte prisionero,
« Y ante mi rey así llevarte quiero ;
« A ménos que, cual siempre, altivo y fuerte
« Te dé mi brazo, combatiendo, muerte.
Responde la de Amon : « Tu villanía
« La generosidad del alma mia
« No podrá sofocar. Vuelve al momento,
« Vuélvete al campamento,
« Y á tu rey di en mi nombre
« Que con entes cual tú yo no me mido,
« Y que á lidiar aspiro con un hombre
« Que merezca el honor de ser vencido. »

Este altivo lenguaje
Al musulman inflama,
Que, sin siquiera responder, lijero
Vuelve el corcel, ardiendo de coraje.
Vuelve el suyo la dama,
Y con su lanza contra el moro cierra,
Que, con los pies en alto, viene á tierra.

Su corcel la magnánima doncella
Cogiendo entónces : « Bien te lo predije, »
Dice á Grandonio. « El daño que te aflige
« Hubieras evitado y la querella,
« Si á llevar mi embajada hubieras ido.
« Ante tu rey vé, pues : dile que escoja
« Un guerrero valiente y aguerrido ,

« Que á lidiar sin honor yo de ese modo
« Con guerreros cual tú no me acomodo. »

La gente de los muros, ignorando
El nombre de quien muestra tanto brio,
Y Los de aquellos guerreros va citando
Ante quienes tirita en el estio.
De esta gente una parte
Dice que es Brandimarte ;
La mayor por Reinaldo se pronuncia,
Y muchos que es Orlando sostuvieran
Si su estado infeliz no conocieran.

Ser el tercero el hijo de Lanfusa
Pidiendo, dice que, si bien no espera
Triunfar, quiere á lo ménos que de excusa
Servir pueda á los otros su derrota.
Cubierto de su cota
Y armado de su lanza, se dirige
Hácia su estancia, do, entre cien corceles,
El de carrera mas veloz elige.

Hácia la dama, á combatir dispuesto,
Se acerca Ferragut, y la saluda.
Ella el saludo le devuelve presto,
Y « antes, » le dice, « de lidiar contigo,
« El nombre sepa yo de mi enemigo. »
Gustoso el moro se lo dice, y ella :
« Acéptote, » replica, « por contrario ;
« Bien que otro hallarse en tu lugar podria
« Que de ver mas me holgara todavía. »

— « ¿ Quién es ? » pregunta el moro á la doncella.
— « Roger, » ella responde ; « y sus mejillas
De ruborosa púrpura tiñendo,
Prosigue así : « La fama de su brio
« Me condujo hasta aquí, donde pretendo
« Con su insigne valor probar el mio. »
A razones tan francas y sencillas,
Y que alguno quizá mal ya interpreta,
Replica Ferragut : « Probar si brillas
« En esta lid, cual en las otras, quiero ;

« Y si así fuese, á reparar mi agravio
 « Vendrá luego el guerrero
 « De quien el nombre pronunció tu labio. »
 La dama en esto alzando su celada,
 Su bello rostro deja ver. Suspenso
 Miralo Ferragut; aprisionada
 Se siente el alma y siéntese indefenso.
 « Un ángel, » dicese, « es, de cuyos ojos,
 « Si su asta del arzon no me derriba,
 « Fallecer debo ante la lumbre viva. »
 Toman carrera; y, cual las otras veces,
 La dama en tierra al musulman arroja,
 Detiene su corcel, y se lo entrega
 Diciendo: « A ver si cumples lo que ofreces. »
 Con faz de pena y de vergüenza roja,
 Hacia el sitio se llega
 Do está Roger al lado de Agramante,
 Y su mision explícale al instante.
 Sin que terror le inspire lo que ha visto,
 É ignorando quien sea
 Quien así le provoca á la pelea,
 Seguro de vencer, contento y listo,
 Ciñe Roger sus bellas armas. Cuanto
 Despues avino digo en otro canto.

CANTO XXXVI.

Ármase Roger, y precedido por Marfisa, se presenta para combatir. — Bradamante vence por tres veces á Marfisa. — Encuentro entre cristianos y sarracenos. — Lucha tenaz entre Marfisa y Bradamante. — Interviene Roger. — La sombra de Atlante revela á Marfisa y á Roger el secreto de su nacimiento. — Propósitos de Roger de volver á reunirse con Agramante.

Por el vínculo doble
 De la naturaleza y la costumbre
 Ligada un alma noble,
 ¿Cómo olvidar podría,

En cualquier situacion, la cortesia?
 Del mismo modo, su intencion siniestra
 Alma villana en todo tiempo muestra;
 Que rara vez los vicios se corrigen
 De que mal corazon es el origen.
 De magnanimidad nobles ejemplos
 Vense en los héroes de la edad antigua;
 La nuestra, oh grande Hipólito, al contrario,
 De los hombres los vicios atestigua.
 Dígalo aqueza guerra en que los templos
 Ornaste con pendones enemigos,
 Y cautivas trajiste mil galeras,
 Cargadas de botin, á tus riberas.
 ¿Qué iniquidad han hecho
 Nunca el tártaro, el turco, el africano,
 A aquellas comparable que, á despecho
 Del justo veneciano,
 Cometió por do quiera
 De esclavizados bárbaros la mano?
 Y no hablaré de tanta y tanta hoguera
 Como ardió de las villas en el seno,
 Como incendió tanto paraje ameno.
 Cruda fué tal venganza, sobre todo
 Por lo que toca á ti. Tu impio contrario
 Sabe, Hipólito, el modo
 Con que al lado del César, que de Padua
 El asedio estrechaba, detuviste
 Mas de una vez el brazo al incendiario,
 Y apagaste la llama que ya impía
 Iglesias y ciudades consumia.
 Tanto crimen y tanto
 Enumerar aquí fuera importuno;
 Solo á hablar pues voy de uno
 Que hasta á las peñas arrancara llanto.
 Sin duda, ¡oh gran señor! tienes presente
 El dia en que tu gente
 Al sitio fue do, con auspicio infando,
 De sus buques saltando,